

promesas de Dios. A Sara solamente la rescata Yahvé. Él es el único personaje que interviene para salvarla, mientras que Abrahán la coloca en dos ocasiones en trance de peligro.

La segunda escena de adulterio (Gn 20,1-18), a pesar de que puede mostrar a primera vista un menor conflicto moral, presenta, no obstante, mayor gravedad, en tanto que a esta altura del relato el lector ya sabe que Sara será la madre del hijo prometido por Yahvé. Este hecho subraya, una vez más, cómo Abrahán pone en peligro la promesa, tanto en lo que concierne a la descendencia (Sara podría engendrar un hijo de otro hombre) como a la bendición (Sara no es bendecida por él).

La resolución de la trama va aconteciendo paulatinamente. Sara da a luz a Isaac, cumpliéndose así parte de la promesa. Y, sorpresivamente, dado el lugar secundario al que el relato la relega, Sara es nuevamente el cauce para la consumación de la misma en sus otras dos dimensiones. En primer lugar, en el momento de su muerte. Aquí parece que Abrahán niega de nuevo su vocación de ser bendición para su esposa, dado que la narración permite entrever que no está junto a ella cuando fallece. Sin embargo, el empeño en lograr un lugar digno para enterrarla provoca que, finalmente, consiga la tierra prometida, aunque sólo sea la pequeña parcela de la cueva de Macpelá. La tenacidad que presenta así como el duelo que hace por su esposa muestran unas actitudes de Abrahán desconocidas durante la vida de Sara. Finalmente, es bendición para ella, aunque sus ojos ya no puedan verlo. Desde esta perspectiva se comprenden las palabras de Gn 24,1, cuando ya todo ha terminado: *“Abrahán era ya un viejo entrado en años, y Yahvé había bendecido a Abrahán en todo”*. Al fin, la promesa se ha cumplido para él, gracias a Sara: ha tenido un hijo, ha llegado a poseer una porción de tierra y ha sido bendición para su esposa.

Rebeca, Raquel y Lia: perspicacia, fertilidad y bendición

Rev. Aragon. Teol. 34 (2011)

M.^a Estela Aldave Medrano

Rebeca, Raquel y Lía, son, junto con Sara y Agar, las matriarcas o madres del pueblo de la promesa. Rebeca es la madre de Jacob, de quien nacerán, por su unión con Raquel y Lía (y sus esclavas), los hijos que darán origen a las doce tribus de Israel. Una lectura atenta de los relatos del Génesis permite hallar en ellas algunos elementos comunes, de algún modo sorprendentes y que han dado origen al título de esta reflexión, cuyo propósito es devolver la voz a estas figuras tantas veces silenciadas a través de un acercamiento de tipo narrativo a los textos bíblicos. Así, hablaremos de perspicacia porque en estas mujeres encontramos acciones inteligentes e ingeniosas que tendrán que contribuir al cumplimiento de las promesas de Dios; de fertilidad, porque todas ellas serán mujeres fértiles, tanto en el sentido puramente biológico del término (dando a luz, con más o menos dificultades, a hijos que serán figuras muy importantes en la historia del pueblo de Israel) como también en sentido metafórico (sus vidas serán vidas fecundas a través de sus acciones, elecciones y opciones); y de bendición porque ellas van a posibilitar que la bendición de Dios para todos los pueblos prometida a Abraham en Gn 12,1-3 sea una realidad.

El hilo conductor del ciclo de los patriarcas y matriarcas es la promesa divina, que abarca tres dimensiones: la tierra, la descendencia y la bendición para todos los linajes de la tierra (12,3). A través de esta reflexión vamos a tratar de ver cuál es el papel que desempeñan Rebeca, Raquel y Lía en el cumplimiento de esta promesa de Yahvé. Los textos nos muestran que muchas veces y por diversas circunstancias esta promesa está en peligro, amenazada. La intervención de estas mujeres ayudará a que los problemas sean resueltos, lo cual señala que estamos ante personajes de pleno derecho y no ante la mera sombra de sus esposos¹.

Respecto a este punto no podemos olvidar que el hecho de que los textos bíblicos fueran escritos por varones tiene evidentes consecuencias sobre los relatos que vamos a estudiar. Un ejemplo claro de ello es que, aunque las madres juegan un rol decisivo en la historia, no suelen ser los personajes principales. De ahí que la interpretación bíblica tenga que realizar una doble tarea: (1) Ser crítica ante la perspectiva

¹ J. Cheryl EXUM, "Mother in Israel: a Familiar Figure Reconsidered", en Letty M. RUSSEL (Ed.), *Feminist Interpretation of the Bible*, Westminster Press, Philadelphia 1985, 73-85, pp. 75-76.

androcéntrica de los relatos y (2) Rescatar las figuras femeninas que aparecen en ellos. Sólo de este modo podremos ser conscientes de la cultura patriarcal que envuelve estos pasajes y, al mismo tiempo, hacer memoria del papel activo que aquellas mujeres desempeñaron en la historia que les tocó vivir².

1. Rebeca: la fortaleza de una mujer

1.1. El anuncio de su nacimiento (Gn 22,20-24)

El primer dato sobre Rebeca lo encontramos, valga la expresión, “fuera de su sitio”, antes de que se sepa nada de ella y de un modo un poco extraño. Gn 22,20-24 relata lo siguiente:

Después de estas cosas, se anunció a Abraham: «También Milká ha dado hijos a tu hermano Najor: Us, su primogénito; Buz, hermano del anterior, y Quemel, padre de Aram, Késed, Jazó, Pildás, Yidlaf y Betuel». (Betuel engendró a Rebeca). Estos ocho le dio Milká a Najor, hermano de Abraham. Su concubina, llamada Reumá, también dio a luz a Tébad, Gájam, Tájas, y Maaká.

El nombre de Rebeca ha sido colocado en esta genealogía de una forma estratégica para señalar su importancia³. Llama la atención que, entre doce varones, sea la única mujer mencionada y que, además, su hermano Labán, el otro hijo de Betuel, no aparezca en ella. Estos breves versículos anticipan la decisiva función que Rebeca va a desempeñar en la historia de la Alianza de Dios con su pueblo. Poco antes, en Gn 22,17-18, en el episodio conocido como “el sacrificio de Isaac”, Dios ha renovado su promesa con Abraham (Gn 22,17-18). Evidentemente, para que dicha promesa se lleve a cabo es necesario que Isaac, el hijo de Abraham, tenga, a su vez, hijos. Al colocar la genealogía de Rebeca tan cerca de este texto, el Génesis pretende mostrar anticipadamente que va ser esta destacada mujer la que posibilitará su cumplimiento. El redactor de la narración ha querido, por tanto, que el lector relacione la renovación de la promesa divina al primer patriarca con Rebeca. Es significativo además, como veremos más adelante, el hecho de que la propia Rebeca será bendecida con la misma fórmula de bendición de Abraham por parte de su familia.

1.2. Esposa de Isaac, relevante como Abraham (Gn 24)

Avanzando dos capítulos en la narración del Génesis nos encontramos con la unión entre Rebeca e Isaac. Abraham envía a uno de sus siervos a Aram Naharáyim, a

² J. Cheryl EXUM, “Mother in Israel...”, p. 85.

³ Sharon P. JEANSONNE, *The Women of Genesis: From Sarah to Potiphar's Wife*, Augsburg Fortress, Minneapolis 1990, p. 54; Tomas HIEKE, “La genealogía como instrumento de representación histórica en la Toráh y el papel de las mujeres en el sistema genealógico”, en Mercedes NAVARRO – Irmtraud FISHER, *La Toráh*, Verbo Divino, Estella 2010, 169-207, p. 196.

su propia tierra, para buscar una esposa adecuada para su hijo, ya que no quiere que éste se una con una mujer cananea. Las indicaciones que le da el patriarca son significativas: Isaac no podrá bajo ningún concepto abandonar su tierra, por lo que tendrá que ser la mujer la que abandone la suya, y ella tendrá que tomar esa decisión voluntariamente y por propia iniciativa (“Si la mujer no quisiera seguirte, no responderás de este juramento que te tomo. En todo caso, no lleves allá a mi hijo”, Gn 24,8)⁴.

El encuentro entre el siervo y Rebeca se produce en torno a un pozo, lugar bíblico por excelencia de desposorio⁵ que reaparecerá en el relato concerniente a Raquel y Jacob. Las “escenas tipo” de desposorio tienen en común la presentación de las futuras esposas según el ideal femenino del contexto: hermosas, vírgenes y deseables, sometidas a los varones de su familia, que pasan de ser propiedad de éstos a las manos de su futuro esposo, que carecen de palabra propia y son obedientes y sumisas a las órdenes masculinas. Sin embargo, el relato que protagonizan Rebeca y el siervo de Abraham rompe con algunos de estos elementos y nos muestra a una mujer, no solamente hermosa y virgen, sino autónoma, fuerte y hospitalaria que, al escuchar que el siervo quiere un poco de agua, corre⁶ para darle de beber, no sólo a él, sino también a sus diez camellos y le abre las puertas de su casa sin consultar a nadie⁷.

Algunos elementos de los textos nos permiten pensar que las mujeres de la casa de Rebeca eran mujeres importantes. En primer lugar, tanto el narrador como la propia Rebeca dicen que ella es “hija de Betuel, el hijo de Milká” (Gn 24,15.24), haciendo de nuevo referencia a la abuela paterna Milká, nombrada ya en la genealogía. En segundo lugar, tras el encuentro con el siervo, el relato dice que Rebeca se dirige “a la casa de su madre” (Gn 24,28) para contarles a todos lo que le ha sucedido, en lugar de decir “a la casa de su padre”, como era habitual. En tercer lugar, una vez que el siervo llega a la casa y comienza el diálogo que tiene como fin decidir el futuro matrimonio, la madre de Rebeca aparece en algunos momentos junto a su hijo Labán, en lugar de Betuel, su esposo (24,53.55).

Una vez que la familia está de acuerdo con el matrimonio, Rebeca entra nuevamente en escena. El siervo quiere que ella parta de inmediato y su familia quiere retrasar el viaje. En este momento emerge Rebeca con determinación, todo lo contrario a una mujer pasiva. Le preguntan qué quiere hacer y responde que se marcha en ese

⁴ Irmtraud FISCHER, “Significado de los «textos sobre las mujeres» en los relatos sobre los progenitores de Israel”, en Mercedes NAVARRO – Irmtraud FISCHER, *La Torah*, Verbo Divino, Estella, 263-303, p. 287.

⁵ Estela ALDAVE MEDRANO, “El desafío de una misionera: la mujer samaritana (Jn 4,1-41)”, en Carmen BERNABÉ UBIETA (Ed.), *Con ellas tras Jesús. Mujeres modelos de identidad cristiana*, Verbo Divino, Estella 2010, pp. 217-221; Esther FUCHS, “Structure, Ideology and Politics in the Biblical Betrothal Type Scenes”, en Athalia BRENNER (Ed.), *A Feminist Companion to Genesis*, Sheffield Academic Press, Sheffield 1997, 273-249.

⁶ El verbo hebreo רָץ, que traducimos como “correr”, aparece en los vv. 20 y 28.

⁷ Irmtraud FISCHER, “Significado de...”, pp. 286-287; Sharon P. JEANSONNE, *The Women of Genesis...*, p. 60.

mismo momento (Gn 24,54-58). Dos elementos del relato permiten afirmar que el redactor del Génesis ha querido presentar a Rebeca como la versión femenina de Abraham. En primer lugar, porque está dispuesta a abandonar su familia y su pueblo con el fin de permitir que la promesa de Yahvé llegue a cumplirse mediante su unión con Isaac en la tierra de Canaán. De hecho, el texto utiliza el mismo verbo hebreo *hâlâk* para hablar de la salida de Abraham de su tierra y de Rebeca de la suya (12,1; 24,5.8.58)⁸. Y en segundo lugar, por la bendición de la que es objeto en el momento de la despedida de su familia (“Y bendijeron a Rebeca, y le decían: «¡Oh hermana nuestra, que llegues a convertirte en millares de miríadas, y conquiste tu descendencia la puerta de sus enemigos!”, Gn 24,60), cuyo contenido es muy similar a las palabras que el ángel de Yahvé revela al patriarca en el episodio del sacrificio de Isaac (Gn 22,17: yo te colmaré de bendiciones y acrecentaré muchísimo tu descendencia como las estrellas del cielo y como las arenas de la playa, y se adueñará tu descendencia de la puerta de sus enemigos)⁹. No podemos, además, pasar por alto que dicha bendición precede a la genealogía en la que Rebeca, como decíamos más arriba, ocupa un lugar destacado. Por otra parte, el motivo de la bendición está presente en el mismo nombre de Rebeca, que contiene las mismas consonantes que el término hebreo *berâcâh* (bendición)¹⁰. Por tanto, podemos decir que tanto las conexiones literarias mencionadas como el propio nombre de Rebeca son anticipo del protagonismo que esta destacada mujer va a tener en la historia de salvación de Dios con su pueblo o, con otras palabras, son indicio de su crucial colaboración en el cumplimiento de la promesa divina.

La siguiente escena nos narra el encuentro entre los futuros esposos en Canaán. El deseo de Abraham se ha cumplido: su hijo habitará en la tierra prometida con una mujer de su misma estirpe que, como él mismo, ha decidido voluntariamente dejarlo todo para obedecer el designio de Dios. El Génesis lo relata del siguiente modo:

Una tarde había salido Isaac de paseo por el campo, cuando he aquí que al alzar la vista, vio que venían unos camellos. Rebeca a su vez alzó sus ojos y viendo a Isaac, se apeó del camello, y dijo al siervo: «¿Quién es aquel hombre que camina por el campo a nuestro encuentro?» Dijo el siervo: «Es mi señor». Entonces ella tomó el velo y se cubrió. El siervo contó a Isaac todo lo que había hecho, e Isaac introdujo a Rebeca en la tienda, tomó a Rebeca, que pasó a ser su mujer, y él la amó. Así se consoló Isaac por la pérdida de su madre (Gn 24,63-67).

Al escuchar estas palabras, el lector es informado sobre la vulnerabilidad de Isaac, todavía afligido por la muerte de Sara, y se prepara para adentrarse en los siguientes episodios, en los que aparecerá Rebeca como una mujer con fortaleza capaz de arriesgarse para colaborar con el designio divino¹¹.

⁸ Irmtraud FISCHER, “Significado de...”, p. 286.

⁹ Irmtraud FISCHER, “Significado de...”, p. 287; Sharon P. JEANSONNE, *The Women of Genesis...*, p. 62.

¹⁰ El nombre de Rebeca significa “atar corto” o “yugo”, aunque tiene también correspondencia, por la coincidencia de consonantes, con el sustantivo *berâcâh* (bendición) y el verbo *bârak* (bendecir).

¹¹ Sharon P. JEANSONNE, *The Women of Genesis...*, p. 62.

1.3. Un Dios que se revela a los que no cuentan (Gn 25,19-34; 26,34-27,45)

Al igual que otras figuras bíblicas, Rebeca es presentada como una mujer estéril, lo cual significa cargar con un estigma y carecer de lugar o consideración social. Su incapacidad para engendrar hijos se resuelve, sin embargo, con una sorprendente rapidez, en apenas un versículo:

Esta es la historia de Isaac, hijo de Abraham: Abraham engendró a Isaac. Tenía Isaac cuarenta años cuando tomó por mujer a Rebeca, hija de Betuel, el arameo de Paddán Aram, y hermana de Labán el arameo. Isaac suplicó a Yahveh en favor de su mujer, pues era estéril, y Yahveh le fue propicio, y concibió su mujer Rebeca (Gn 25,19-21).

La esterilidad femenina es un motivo bíblico recurrente que quiere destacar la acción de Dios y que el hijo que nacerá será un personaje importante dentro de la historia de Israel. En el caso de la esterilidad de Rebeca, Isaac cumple un papel central ya que su oración se convierte en el medio por el cual se torna en fertilidad. Como vamos a tener la oportunidad de comprobar, ésta va a ser una de las pocas ocasiones en las que los relatos nos lo presentan con un papel activo dentro del curso de los acontecimientos.

Tras su concepción, Rebeca recibe un oráculo divino que va a ser determinante para su propia vida, para la de su esposo e hijos y para del mismo Israel:

Pero los hijos se entrechocaban en su seno. Ella se dijo: «Siendo así, ¿para qué vivir?» Y fue a consultar a Yahveh. Yahveh le dijo: «Dos pueblos hay en tu vientre, dos naciones que, al salir de tus entrañas, se dividirán. La una oprimirá a la otra; el mayor servirá al pequeño» (Gn 25,22-23).

A través de estas palabras Yahvé le comunica a Rebeca cuál va a ser el destino de sus hijos: Jacob, el menor, será el que lleve adelante la promesa divina, y no Esaú, el mayor, contra todo lo que se podía pensar, dado el papel principal que desempeñaban los hijos primogénitos. El hecho de que Dios le revele este oráculo sólo a ella es importante, ya que nos da la clave para comprender a qué se va a deber su predilección hacia Jacob¹². El corazón de Isaac, sin embargo, desconocedor de todo ello, estará más inclinado hacia el primogénito Esaú (Gn 25,28).

Dos capítulos después, el libro del Génesis narra otro acontecimiento decisivo para la vida de la familia y, nuevamente, de todo el pueblo de Israel. Jacob y Esaú ya son adultos. Rebeca escucha que Isaac, ciego y muy anciano, presintiendo que le queda poca vida, pide a Esaú le prepare su guiso preferido, con la intención de darle después su bendición, antes de morir (Gn 27,2-5). Conocedora del plan de Dios, sabe que el que tiene que recibir la bendición es Jacob, no Esaú, porque él es el elegido para ser el continuador de la promesa divina. Por esta razón toma rápidamente la iniciativa y, con inteligencia y valentía, se dispone a arreglar todo lo necesario para que sea Jacob quien

¹² Sharon P. JEANSONNE, *The Women of Genesis...*, p. 63.

reciba esa bendición. Rebeca ordena a Jacob que le traiga dos cabritos, prepara ella misma el guiso preferido de Isaac y cubre a su hijo de pieles para hacerlo pasar por el velludo Esaú. Jacob siente miedo y pone objeciones (Gn 27,11-12), pero su madre no admite réplica alguna. Empeñada en que el proyecto divino siga adelante, carga sobre sus espaldas las consecuencias que su actuación pueda tener (Gn 27,13) y logra que finalmente sea Jacob, el elegido por Yahvé, quien reciba la bendición de su padre y el derecho de primogenitura.

El engaño de Rebeca ha hecho correr ríos de tinta y ha sido origen de muy diversas interpretaciones. Para algunos es indicio de su crueldad o de problemas relacionales con Esaú. Otros incluso han utilizado este motivo del engaño para confirmar la imagen de las mujeres como seres poco dignos de fiar, debido a lo cual algunas teólogas han afirmado que es un elemento más del carácter androcéntrico de los textos¹³. Sin embargo, no podemos olvidar que en nuestro relato el engaño no es juzgado negativamente sino que constituye el medio por el cual se cumple el designio de Dios. Parece ser, por tanto, un elemento posibilitador más que patriarcal; este último estaría presente, en todo caso, no tanto en los textos sino en sus intérpretes, cuando utilizan el pasaje para afirmar que todas las mujeres son esencialmente engañosas.

Las Ciencias Sociales que han abordado el fenómeno del engaño afirman que es una estrategia utilizada por personas o grupos sociales que carecen de poder (ya sea de tipo político, económico o religioso) para lograr sus objetivos¹⁴. Esta interpretación arroja luz sobre la actuación de Rebeca. Como le ocurría a toda mujer de su tiempo, sus posibilidades de acción y de influir en el curso de los acontecimientos eran limitadas. El hecho de que engañe a Isaac es indicio de su situación social de desventaja pero también del uso de los medios que tiene a su alcance (en su caso, el engaño) para conseguir lo que Dios le ha encomendado. En este sentido, podemos decir que Rebeca actúa con inteligencia y perspicacia, y con ello logra invertir el orden social vigente, ya que la persona que asume el poder es la más desvalida (la mujer) y la socialmente más poderosa (el varón), se queda sin él. Además, a través de su actuación logra que el hijo menor, el tradicionalmente relegado a un segundo lugar, asuma el rol principal en la historia de la familia y de todo el pueblo de Israel.

Por haberle robado el privilegio de la primogenitura, Esaú quiere acabar con la vida de su hermano Jacob (Gn 27,41). A Rebeca le es revelada esta intención homicida de su hijo; nuevamente se pone en acción y, con el fin de ponerle a salvo, toma la determinación de enviarle a Jarán, a casa de su hermano Labán. Utilizando nuevamente su agudeza, y habiendo ya previamente trazado un plan, le comunica a Isaac, no las intenciones de Esaú, sino la conveniencia de que Jacob no se despose con una mujer

¹³ Esther FUCHS, "For I have the Way of Women: Deception, Gender and Ideology in Biblical Narrative", *Semeia* 42 (1998), 68-82, pp. 69-70.

¹⁴ Kathleen M. ASLEY, "Interrogating Biblical Deception and Trickster Theories: Narratives of Patriarchy or Possibility?", *Semeia* 42 (1998), 103-116; Naomi STEINBERG, "Israelite Tricksters, their Analogues and Cross-Cultural Study", *Semeia* 42(1998), 1-13, p. 6.

de Canaán. Con ello logra, no sólo que su hijo y el designio de Dios queden a salvo, sino una nueva bendición para Jacob (Gn 28,1-4).

Poner a salvo la promesa de Dios le costará a Rebeca un precio alto, ya que nunca más volverá a ver a Jacob. Una vez que su misión termina, no sabemos de ella mas que fue enterrada en la cueva de Macpelá (Gn 49,30), como Sara. Pero el Génesis ha querido que su preeminencia sobre Isaac continúe hasta el final, ya que la esposa que deberá tomar su hijo es nombrada vía matrilineal (de entre las hijas de Labán, hermano de Rebeca), no patrilineal (de entre las hijas de Labán, hijo de Betuel, hijo de Najor, hermano de Abraham y padre de Isaac).

La salida de Jacob de Canaán y su llegada a Paddán Aram, el mismo pueblo del que partió Rebeca, nos introduce en la historia de la siguiente y última generación de matriarcas: Raquel y Lía.

2. Raquel y Lía: de la rivalidad a la colaboración que engendra vida

2.1. *Dos mujeres obligadas a compartir esposo (Gn 29,1-30,13)*

El Génesis relata la llegada de Jacob a Paddán Aram, su parada junto a un pozo¹⁵ y su encuentro con Raquel, la hija pequeña de Labán, el hermano de Rebeca, de la que se enamora al instante con un amor apasionado que no tiene paralelo en el Antiguo Testamento (Gn 29,10-11). Raquel es presentada como una mujer poco convencional: va al pozo sola y no con el fin de sacar agua para los miembros de su casa, sino para dar de beber a su rebaño, ya que es pastora del ganado de su padre. Estos rasgos contraculturales y llamativos, contrastan, sin embargo, con la pasividad con la que nos la presenta la narración, que otorga prácticamente el total protagonismo a Jacob. A diferencia de Rebeca, ella no toma ninguna iniciativa ni pronuncia palabra alguna; aparece más bien como propiedad de su padre, es decir, como un objeto de cambio que pasa de unas manos a otras: de las de su progenitor a las de su futuro esposo¹⁶.

Jacob trabaja siete años en la hacienda de Labán para lograr lo que más quiere: su hija menor (Gn 29,20). Una vez transcurrido ese tiempo, Labán le engaña y, en lugar de darle a Raquel por esposa, le da a Lía, su hija mayor. De este modo, Jacob se ve obligado a trabajar otros siete años para conseguir a Raquel (Gn 29,21-25).

Los textos no dicen nada acerca de los sentimientos de las dos mujeres¹⁷, pese a que indudablemente la nefasta decisión de su padre tiene consecuencias decisivas y dolorosas para ambas: Lía será para siempre la esposa no amada y Raquel, aun siendo

¹⁵ Para el motivo del pozo en relación con los desposorios, cf. nota 5.

¹⁶ Sharon P. JEANSONNE, *The Women of Genesis...*, pp. 70-71.

¹⁷ Irmtraud FISCHER, "Significado de...", p. 290.

la preferida, nunca gozará del privilegio de ser la única ni la primera. Ambas tienen que compartir la vida y el destino en contra de su voluntad, siendo así víctimas de un sistema patriarcal que permite la poligamia a los varones sin tener en cuenta el sufrimiento que implica para las mujeres.

La comparación que el texto bíblico hace de las dos hermanas tanto en lo que se refiere a la belleza como a la fertilidad (Raquel es la más hermosa pero no puede tener hijos) informa sobre la gran competitividad que surge entre ambas; una competitividad que tiene su origen en los valores sociales, de los cuales son en gran medida víctimas. Cada una posee precisamente aquello de lo que la otra carece; de ahí que la mayor lucha de Lía sea conseguir el amor de su esposo y la de Raquel, la maternidad, el único modo de tener un lugar o estatus en su sociedad.

2.2. Mujeres que toman la palabra, luchan y se unen, posibilitando el cumplimiento de la promesa de Dios (Gn 30, 14-24; 31, 1-35)

Tras el alumbramiento de parte de la prole (Raquel, a través de su esclava Bilhá, cf. Gn 29,32-30,13), el Génesis narra un acontecimiento decisivo para la vida de las dos hermanas a partir del cual comenzarán a tomar las riendas de su propia vida, hasta ahora en manos de su padre o de su esposo común. Al mismo tiempo, irán abandonando paulatinamente la rivalidad que las estaba destruyendo e iniciando una relación de mayor colaboración, llegando finalmente a unirse para lograr un propósito común.

Rubén, el hijo primogénito de Lía, regala a su madre unas mandrágoras (Gn 30,14), planta a la que se le atribuían poderes relacionados con la seducción y la fertilidad. Raquel las quiere para ella y se las pide pero, ante la negativa de su hermana, se ve obligada a negociar con ella y concederle el privilegio de acostarse con Jacob esa noche (Gn 30,14-15).

Tras este episodio y diálogo entre ambas Lía engendra de nuevo, esta vez a Isacar, a Zabulón y a Dina, y, por fin, Raquel logra ser madre, dando a luz a su primer hijo, al que llamará José. El relato señala que esta recién estrenada maternidad de la hermana estéril ha sido posible gracias a la acción de Dios y, también, gracias a la iniciativa y acción de ella, a su capacidad para entrar en diálogo y negociar con su hermana con el fin de lograr las mandrágoras¹⁸.

Leyendo la historia atentamente se percibe el giro que da el comportamiento de ambas hacia Jacob. Si hasta este momento ha sido él, obligado a su vez por Labán, quien ha sido sujeto de decisiones, ahora, sin embargo, son ellas las que van a determinar el curso de los acontecimientos ejerciendo su poder y controlando el cuerpo

¹⁸ Sharon P. JEANSONNE, *The Women of Genesis...*, p. 79.